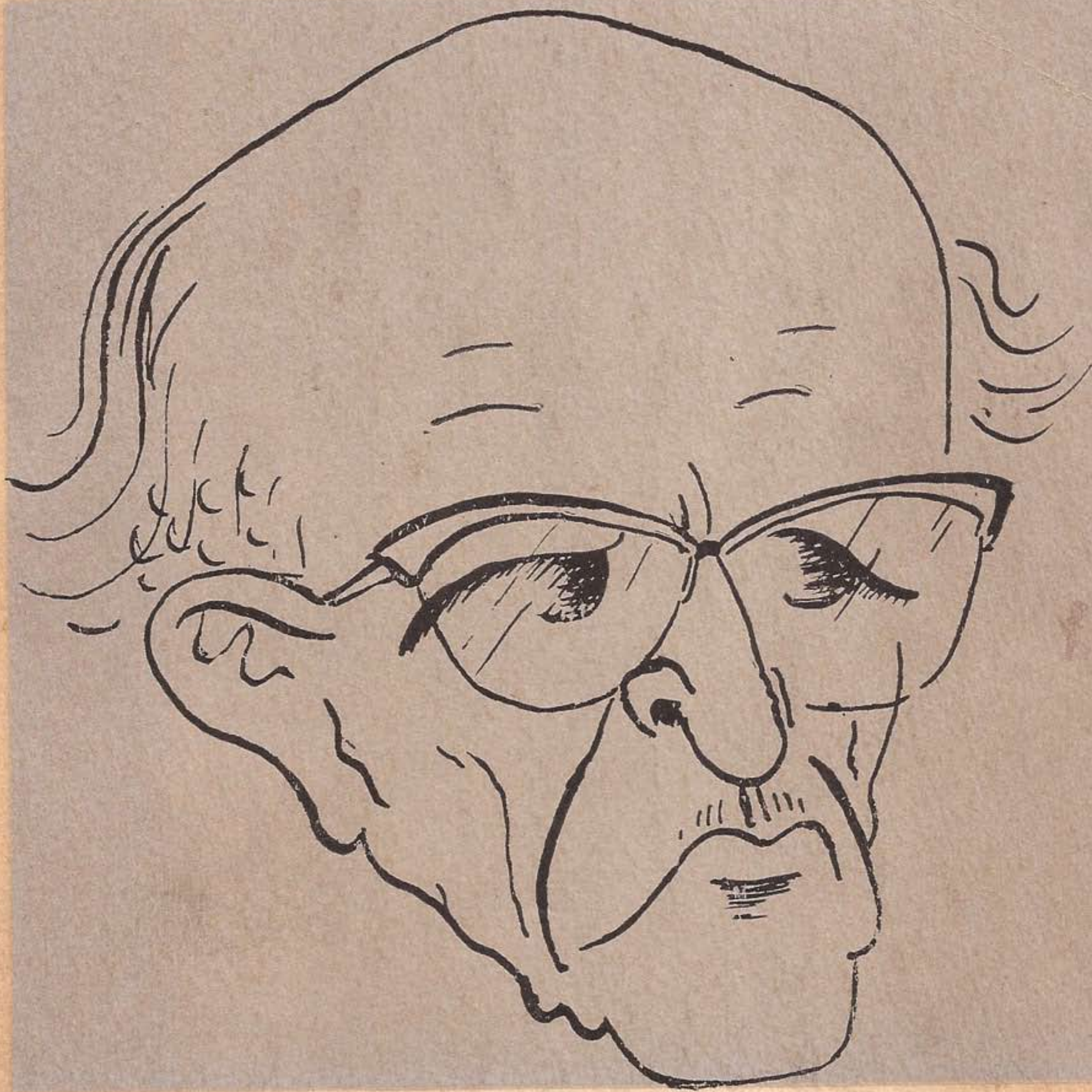


Historia de la Ironía Plástica en Jalisco



José Guadalupe Zuno

ALFREDO ROMO

He dicho antes, al referirme al mas grande de los ironistas mexicanos, José Clemente Orozco, que vivió por años descorazonado por la indiferencia y aún por la burla de que fué víctima por parte de los metropolitanos, allá en los principios de su carrera artística, al triunfo de la Revolución. A mí me tocó ser testigo de un hecho que, como otros similares, motivaron su desaliento. Voy a referirlo: Alfredo Romo, de quien ahora presentaré unas obras aquí, vivía también en México, y tenía algunas caricaturas de tipos callejeros. José Clemente reunió también muchas de chamacas de la Escuela Normal y otras de incidentes populares. Quisieron ver si en el periódico El Universal, recientemente fundado por don Félix F. Palaviccini, podría comprárselas y hacia allá nos dirigimos, con la esperanza de obtener algunos fondos, pues vivíamos entonces todos con muchas miserias, ya que nadie se ocupaba de cuestiones artísticas, sino solamente de las militares y políticas. Ninguno de los tres éramos ni militar ni político. Pues bien, llegamos al Universal, mostraron ellos sus trabajos, se los pasaron al Director, que era entonces Gómez Ugarte, el Abate Benigno, quien salió para hablar con Clemente y con Romo. Explicó que aquellas caricaturas eran impublicables; que tal vez uno y otro llegarían a ser buenos caricaturistas con el tiempo, con paciencia y dedicación; pero que por lo pronto, con mucha pena, les decía que ni el ingeniero Palaviccini ni él, se interesaban por sus pininos...

Claro que para nosotros y para todo el grupo de bohemios y artistas, aquello fué motivo de grandes bromas y comentarios duros y sarcásticos en contra de los periodistas que, siendo, según la fama, los mas cultos, los mas conocedores, acababan de dar la nota mas inculta opinando que aquellas caricaturas no valían la pena... Muchas de ellas, son ya parte del patrimonio nacional, en nuestros Museos, o figuran con honor en los de otros países.

Alfredo Romo, de quien ahora vamos a presentar algunas caricaturas, era de un humorismo finísimo, no tan solo plástico; sino lite-

rario. Aquí en Guadalajara, editó su semanario llamado LA SATIRA, en el cual publicaba caricaturas de las personas más populares de la ciudad, en el deporte, en la literatura, en la vida social. Esta que aquí mostramos ahora, es de una serie que dibujó al crayón, cuando en una de sus aventuras políticas, allá por el año de 1929, tuvo que salir desterrado del país. Su modelo en esta ocasión fué una gringuita pelona, que vió solitariamente sentada en uno de los parques públicos de California, que fué el Estado de la Unión Norte-Americana donde Alfredo vivió los años del exilio. No acostumbraba Romo usar los colores con frecuencia. Pero en esta ocasión, con ellos realizó la serie que podemos dar ahora a conocer. Ya para la época en que dibujó esos cartones el estilo de Alfredo se había asentado suficientemente como para demostrar sus capacidades.

También en este segundo cartón, es de advertirse la madurez técnica, en este grupo de señoras gringas que toman el sol también en una banca de un jardín público, igual que la miss solitaria del cartón anterior. Las líneas del lápiz llegan a una estilización que ha eliminado todo lo superfluo, y que con muy grande elegancia está diciendo que no es necesario, en absoluto, recargar un dibujo, ni menos una caricatura, para darle sentido y contenido irónico. Y este grupo, es tan fino, que sin ofender para nada la sensibilidad femenina de las señoras que ahí están en ameno palique fumando y comiendo prójimo, sin embargo, sin molestar para nada el respeto a su sexo y a su edad, se les muestra con fino humorismo en ese momento tan típico de todas las mujeres del mundo, en que hablan y hablan de todo, absolutamente de todo, con beneplácito de los oídos y de la crítica del grupo. Los lápices de colores están usados con tal sobriedad y con tanto sentido satírico, que puede válidamente decirse que ni le falta, ni le sobra nada. Tal vez habré sido un poco ligero al decir que las damas no se molestarían con estas caricaturas; pero viéndolo bien, y aunque ellas no nos lo confesaran, seguramente que, por ejemplo, la mas gordita, no podría dejar de considerar, allá para sus adentros, que ese sombrero a la Eisenhower no le cae nada bien; y que el exceso de grasa, se vé agravado por ese voluminoso abrigo de pieles, que materialmente la está haciendo salirse de la banquita del jardín, que, para colmo de males, carece de respaldo. Por ello no estarán las ilustres comadres californianas mucho rato en su comidilla del prójimo; por ello, se notará más, si mucho nos fijamos, que todos los abrigos acentúan el

exceso de carnes en las venerables damas, mas allá de la jamonería indudablemente; y podremos de pasada, desprender una observación respecto de que, por lo que se refiere al color de la carne está completamente unificado en la democrática República de Norte-América, y es un rosa vivo, que a veces se cubre de ciertos indiscretos puntillos y aún de comas, y de puntos y comas, que se llaman pecas. También el pelo se muestra entonado dentro de toda la gama de los rubios, y nos inclina a suponer que nos encontramos frente a una raza definida, dados los tres principales datos que Romo nos aporta aquí: la gordura, que es además símbolo de felicidad; el color del pelo, mientras que no se llegue a la edad de la blancura; y el color de la piel, mientras que nuestros ojos y nuestra curiosa indiscreción, no vuelvan la mirada hacia otro de los ángulos del parque público donde nos encontramos, digo, donde se encuentran estas respetables damas; pues si nos fijamos un poquito, nada mas que un poquito, daremos con mas de algún otro ser masculino o femenino, cuyo color sea el del azabache, no tan solo en la piel, sino en el pelo, y aún en los ojos, contrastando con el azul de los de las damas de la banca, con el rubio de las cabelleras y con el rosa vivo de la piel. Pero queda salvado uno de los grandes principios de Norte-América: la ciudadanía. Todos son ciudadanos, todos son de la misma nacionalidad, todos gozan de los mismos derechos... Por supuesto, los negros gozan de ellos, allá en sus barrios donde viven segregados; y suben a los tranvías, pero con la condición de que se queden en su discriminado apartado sin intentar entrar al lujoso reservado de los blancos. Tampoco podrán entrar a restaurantes ni teatros sino con las restricciones que el color les marca, de acuerdo con las altísimas normas de la democracia de nuestros primos del norte.

Hay otro de los cartones de Romo, de la serie llamada californiana, casi toda en mi poder, por habérmela obsequiado él. Ustedes saben que Alfredo murió el pasado mes de noviembre. El fue uno de los primeros en sumarse a quienes fundamos aquí en Guadalajara el Centro Bohemio, que fuimos Javier Guerrero, Carlos Stahl y yo, —allá por los años de 1912-1913—. Alguna vez me será dado explicar públicamente las condiciones en que por un corto y culminante período de nuestra vida política, Alfredo y yo peleamos rudamente. Fuerzas superiores a las nuestras se empeñaron en ello y él no lo percibió porque no estuvo en él percibirlo. Antes de ese episodio político y des-

pués, me unió a él una amistad íntima. Y aunque así no hubiera sido, aun cuando los rencores de las lides ajenas al arte nos hubieran distanciado, no por ello podría nadie, ni menos yo, desconocer los méritos, las cualidades de Romo, no solamente en el campo de las artes plásticas, sino en el de las especulaciones espirituales. Fino y satírico, hiriente y delicado, escribía y dibujaba para el deleite de quienes leían sus artículos y de quienes gozaban con sus caricaturas. Vaya por lo tanto, aquí, un homenaje a su memoria.

Pero continuemos viendo los gringos que miró y satirizó en los días de su involuntaria estancia en California. Ahora es un matrimonio el que se solaza en otra banquita del parque. Pero... si no fuera por los bigotes del señor, no podríamos saber si era la señora, ni si ella era el señor. Gestos agrios, sexualidad borrosa, supremacía de la mujer en todos sentidos, bajo la que queda el papi reducido a papilla... Vean ustedes cómo todo eso nos está platicando Alfredo por medio de su dibujo. Y otras intimidades. Ella se acaricia una mano con la otra, con la misma actitud con que seguramente ha acariciado el rodillo matrimonial cuando el distinguido bigotón llegaba en la madrugada, con los zapatos en la mano, y algo encandilado, en los lejanos años de la ley seca... Mientras ella señorea la escena en la banca, él se retuerce como en una expresión de huida, como materializando un escondido deseo de volverse onda, o rocío, en la dirección contraria de la que ocupa con un aspecto algo bulldogiano, la compañera de toda su vida, esa su Eva de este su paraíso californiano. También el único ojo que deja ver, está listo como mirando hacia dónde huye. Y el bastón, al quite... También en los sombreros se adivina el mismo joco-drama. El de ella, es una elegantísima estilización del sombrero de copa masculino. Podríamos decir que es una cubeta sastre, y que todo el traje, es un traje-sastre. Véase si no, la falda que sale del chaquetón, por debajo, como pierna de pantalón. Aquí, el color de la piel, el del pelo, el de los ojos, está ya perdido... Será tal vez, por los años. Nomás el verde vegetal enmarca con puro estilo la parda escena de un jardín público californiano.

En la Historia del Arte Irónico de Jalisco, y en la de México, Alfredo Romo guardará para sí una página completa que nadie le podrá disputar, porque es distinto de todos, y porque sus obras son la más clara revelación de su ser espiritual y artístico. En las lides po-

líticas se anotó muchos éxitos Romo durante años. Por ejemplo, con esta caricatura del señor ingeniero don Manuel Bonillas, contribuyó a la derrota como candidato a la Presidencia de la República que fué el ingeniero, postulado por don Venustiano Carranza. Bonillas era hombre de gran valía; pero los caricaturistas se apoderaron de su figura, lo desvirtuaron como a Madero también y acabaron con él. Fué víctima de la ironía plástica, no del General Alvaro Obregón.

Los círculos deportivos, como el Atlas, tenían en los sitios predilectos de los muros de sus casinos las caricaturas que Alfredo hizo de algunos de sus socios, como esta de Adrián Lecanda, futbolista, beisbolista, basketbolista de primera y también haybolista de primera... También la de este señor gordito, apellidado Loreto, que era un hábil publicista que vendía tiempo, en forma de calendarios a colores con escenas atractivas y esfoliador al pié. Una caricatura que hizo de mí, es algo grosera, a pesar de que éramos tan amigos en aquella época, muy anterior, por cierto, a la otra en que por ambiciones políticas nos destrozamos en una reyerta improductiva y perjudicial. Después rehicimos nuestra vieja amistad. Ya Romo murió, y también José María Cuéllar. Fuimos todos buenos amigos... y buenos enemigos, en esa ocasión en que se nos metió por enmedio esa loca coqueta que se llama doña Política y nos enredó, afortunadamente sólo por poco tiempo.